

NUESTRA CASA EN EL BOSQUE



NUESTRA CASA EN EL BOSQUE

ANDREA HEJLSKOV

TRADUCCIÓN DE ILANA MARX



VOLCANO

Título original: «OG DEN STORE FLUGT».

Publicado por primera vez en Dinamarca, en 2013, por Limfjordsforlaget I/s.

© Andre Hejlskov, 2013.

© de la traducción alemana: mairisch Verlag, 2017.

Casnovas & Lynch Literary Agency s.L.

Muntaner, 340 2ªº (Barcelona).

info@casnovaslynch.com

© de la traducción (sobre la versión en alemán de Roberta Schneider):
Ilana Marx.

© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.

VOLCANO Libros

Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España)

www.volcanolibros.com

Diseño de colección: Javier García

Diseño gráfico: Mikel Escalera

Maquetación: Sandra Rodríguez

IBIC: BM-RNA

ISBN: 978-84-947471-9-9

Depósito Legal: M-31073-2018

Impreso en Kadmos. Compañía, 5, 37002 Salamanca (España)

La traducción se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon Pro en cuerpo 12.

1

ERA UN DÍA SOLEADO. CREO que nadie puede entender el verdadero significado de la luz del sol hasta que ha intentado vivir al aire libre. Fuera. Al sol.

En los días soleados, el mundo nos canta canciones de cuna. Todo brilla como si estuviera alegre. El río se nos vuelve arteria, la sangre fluye, el viento nos transporta, nos seca las lágrimas. Los aromas nos despiertan recuerdos, nuestra alma se cura y Dios nos ama.

En los días soleados. Fuera. En la naturaleza.

Pero no aquel día.

Aquel día, la pantalla del ordenador reflejaba la luz del sol y tuve que entornar los ojos para poder escribir. Y eso no fue todo. Tuve que estirar mi cuerpo de forma incómoda, con un brazo en alto, el ordenador en la mano, y quedarme muy quieta. Estaba intentado conectarme a internet. Para subir algo.

«¿Qué sucede cuando una familia moderna abandona la sociedad actual y se marcha al bosque?». (*Para vivir una*

vida más libre y simple, quise añadir, pero no lo hice. Un presentimiento quizá me lo impidió.)

Comenzar un blog tiene ventajas. Por ejemplo, cuando no se sabe cómo seguir adelante. Cuando no se sabe qué más hacer, un blog te puede ayudar a crear una historia coherente, hasta que todo vuelva a tener sentido y, cuando vuelva a tener sentido, ya sabes cómo continuar. Es como un flotador.

Está claro que también tiene ciertos inconvenientes. La gente podría odiarte, decirte que eres una mala madre, una mala persona, una mala ciudadana, una mala narradora. Puedes revelar demasiado, o demasiado poco. Hay muchas cosas que la gente no se atreve a decirte a la cara pero sí en un comentario en la red.

Es mejor esconderse. Quedarse quieto. Hacerse el muerto. Porque la gente es peligrosa. Hay depredadores peligrosos. En realidad, preferiría no tener nada que ver con ellos, por eso no sé qué hago aquí sentada. No sé si las ventajas de escribir un blog superan a los inconvenientes.

Para convencerme a mí misma, empecé a hablar.

Tengo algo que decir, y es importante que lo diga. Y seguí hablando.

—Tienes que arriesgar algo, tienes que echarte al ruedo, enfrentarte al león y luchar. De lo contrario, estás perdida.

Uno puede huir al bosque para esconderse. Muchos lo hacen, más de los que uno imagina, pero nosotros no lo hicimos para escondernos.

Huimos al bosque para encontrarnos a nosotros mismos.

Para reencontrarnos. Para encontrar el sentido de la vida.

No es que yo esperase que todo fuera fácil o que bailaríamos en un prado lleno de flores. Sabía que la vida en la natu-

raleza salvaje sería dura. Sabía que nos sentiríamos alienados y que no percibiríamos la naturaleza de una forma natural. Pero no estaba preparada para esto: estar sentada sobre una roca, el sol en los ojos, el brazo estirado hacia arriba, como si pudiera alcanzar el cielo y tocarlo. Como una idiota.

Entonces llegó el águila. Oía sus chillidos prolongados, y despertaron en mí —como siempre— una extraña añoranza. Volaba muy alto por encima del valle, el águila, y yo le seguía con los ojos entornados.

A mi alrededor había árboles enormes caídos. Vencidos por las tormentas, yacían ahí, sin más. Sus raíces intrincadas, entrelazadas con piedras, semejabán sombras de troles.

Los troles me miraban, como si estuviera en un ruedo. Sus miradas me perforaban la nuca.

«¿Qué buscas aquí?» —susurraban.

El sol calentaba la piedra en la que me sentaba, y los aromas dulces del bosque —la tierra, el musgo, las anémonas, los arándanos rojos, el agua de manantial y las hojas pudriéndose— en realidad no me tranquilizaban.

Lo que sí me tranquilizaba era internet. La sociedad me tranquilizaba. Era lo que conocía. Conocía sus reglas. Conocía su lenguaje. Sin embargo, apenas podía ver todo aquello que conocía tan bien, todo por culpa de aquella maldita luz del sol.

Bla, bla, bla.

El sonido del teclado al escribir mis palabras.

Clac. Clac. Clac.

Como si el sonido de una sola pluma de gallina se hubiera transformado en miles de loros parlanchines; eso era: el sonido de la estructura.

«Así es».

«Así éramos».

«Eso era lo que hacíamos».

He escrito sobre cómo nos sentíamos antes.

He escrito que parecía como si hubiéramos perdido el control sobre nuestras vidas, como si simplemente hubiera desaparecido la libertad de tomar decisiones. No habíamos elegido que las cosas fueran así. Simplemente había sucedido. Decisiones inconscientes, casualidades...

Un malestar que corroe. No era lo que queríamos cuando éramos jóvenes. Teníamos la sensación de haber traicionado a nuestros propios hijos. Cuán indefensos estarían en el futuro, ¿cómo se las arreglarían cuando se derrumbara todo: el sistema financiero, el sistema social, el clima?

Ese presentimiento cada vez más fuerte de que algo iba mal, muy mal, de que pasaría algo, aunque no fuera el juicio final. Esa sensación inquietante de estar presenciando cómo el mundo, tal como lo conocemos, se desmorona ante nuestros propios ojos.

Levanté la vista y dejé que mi mirada recorriera el valle. Aunque ya no me parecía tan exótico como la primera vez que lo vi, aún me era extraño. Un valle extraño.

A mi izquierda había una cascada y las grandes rocas por las que pasaba el río, con tal violencia como un camello por el ojo de una aguja. A los niños les gustaba ir a la cascada. Nos imaginábamos que en verano nos sentaríamos en aquellas pequeñas piscinas y tendríamos la sensación de estar tomando el sol en un *jacuzzi*. Como los ricos.

A la izquierda, el oscuro bosque de abetos parecía impenetrable, pero si uno caminaba a lo largo del río, el bosque se abría suavemente. Al otro lado del valle, a mi derecha, estaba el lago. Lago. Muy. Azul. La desembocadura del río es un lugar peligroso, con grandes agujeros en la hierba de la orilla, un pantano profundo; pero hay un sendero estrecho que lo atraviesa y se puede llegar allí para nadar o pescar sin tener que mojarse, solo hace falta pasar junto al árbol caído

y llegar a la islita pequeña de los tres abedules. Un salto grande y ya estás ahí.

Era un rincón hermoso con playa de arena. Podía saber exactamente lo fría que estaría el agua si la tocaba con mis dedos desnudos. Volví la mirada hacia atrás, siguiendo el río, pasando por el dique que habían hecho los castores, para posarla finalmente en el centro. Vivíamos allí. Vivíamos en el puro centro.

Un pequeño camino de tierra serpenteaba montaña abajo hasta el río y terminaba en una curva cerrada. Desde allí, un pequeño sendero bajaba hasta un puente. Cuando cruzabas el puente, subías y llegabas a la cabaña, y allí... allí estaba. Eso es lo que teníamos. Una *säterstuga* vieja de dieciséis metros cuadrados.

En el pasado, los campesinos solían llevar a sus vacas a pastar al bosque en verano y cultivaban en el suelo fértil cerca de sus casas, mientras que la criada vivía en el bosque con los animales, y con la leche que daban hacía queso, mantequilla y nata. Todas las semanas un chico de la granja iba a visitarla para llevarle pan y recoger la leche. Era un sistema perfecto, y esas minúsculas cabañas, las *säterstugas*, todavía siguen ahí, diseminadas por el bosque, como hongos solitarios, algunas más desvencijadas que otras.

Nuestra *säterstuga* se llama Svensäter. Tanto por dentro como por fuera la gente solía dejar grabados sus nombres sobre las viejas vigas de madera. Durante la guerra. Y también en 1980. La inscripción más antigua data de 1852, grabada prolijamente en el pequeño conducto de ventilación de la habitación más fría, y hay una runa inscrita en la pared sur, exactamente allí donde da por primera vez el sol de la mañana. *Fehu*. Caracteres de la escritura nórdica antigua: las letras de un alfabeto que parecen palitos puestos en el suelo. Las runas tienen significados mágicos. *Fehu* significa *ganado*, y también significa *suerte y felicidad*. Un signo también

para la pérdida, para el fracaso, para la cobardía y el agotamiento. Porque no existe lo uno sin lo otro.

Delante de la cabaña habíamos construido un gran tipi con troncos de árboles sin ramas; pusimos una lona encima, prendimos una hoguera dentro y extendimos colchones, almohadones y mantas. El tipi era nuestra cocina, nuestra sala de estar. En Svensäter solamente dormíamos.

En Svensäter había una chimenea, una ventana y una puerta, y estaba dividida en dos espacios: uno frío, que daba al norte —en realidad era más bien una especie de despensa—, y uno más caliente, orientado al sur. Arriba había una habitación abuhardillada sin utilizar.

Los niños dormían en la habitación del norte, en la que hace muchos años alguna alma buena había construido un par de literas. Jeppe y yo dormíamos en la otra habitación sobre dos colchones finos.

Los veía correr allí abajo.

Jeppe construyó un cobertizo de madera. Su primer obra de construcción. Parecía una barraca de Soweto: un par de chapas, un par de paneles por techo. Sigurd gateaba entre sus piernas mientras trabajaba.

Vi a Silas de pie en el repecho del río, donde cortaba árboles pequeños con el hacha que le habíamos regalado por su cumpleaños unas semanas antes. Vi a Sebastian y a Victoria que se adentraban en el bosque y volvían a salir con cubos negros y pesados llenos de tierra y excrementos de alce. El Capitán daba vueltas juntando ramas y hojas para formar pequeños montones. Los árboles pequeños que Silas talaba servirían para delimitar nuestro huerto, las ramas y las hojas las usaríamos como material de base y encima echaríamos la tierra que los mellizos habían traído.

Nuestro primer huerto. Un huerto es importante si uno quiere ser autosuficiente. El huerto y el cobertizo de madera eran nuestros primeros proyectos: para cultivar semillas y secar la leña. Para nuestra gran sorpresa, muy pronto nos dimos cuenta de que no basta simplemente con tirar las semillas en la tierra y esperar a que haya suerte. No, la tierra del bosque es ácida y está llena de piedras.

Fue el Capitán, ese desconocido, el que nos había enseñado los principios del cultivo en altura o *Täckodling*, como él lo llamaba.

—Así es como se cultiva en el bosque —dijo, y al igual que todo lo que decía, lo dijo con plena convicción.

Era una suerte que estuviera él, pensé, cuando estaba sentada sobre mi piedra de internet y los observaba. Como hormigas que trabajan duro, así era el ritmo de mi familia.

—Tu cubo está medio lleno —gritó uno.

—Tu cubo está medio vacío —replicó el otro.

Parpadeé y me incliné sobre el ordenador. Y escribí:

¡Puedo escribir sobre eso! ¡Claro que puedo!

Puedo escribir sobre cómo renunciamos a nuestros trabajos, cómo tiramos todos nuestros trastos a la basura, cómo sacamos a los niños del colegio y cómo nos subimos al coche.

Simplemente nos fuimos. *Yippie-kay-yay mothafuckas*¹.

Era *rock and roll*. Éramos Bonnie y Clyde... pero nos quedamos sentados, completamente inmóviles en el coche, como si alguien nos controlara de forma remota, y continuamos por la autopista hasta donde esta terminaba: en el mar.

En el *ferry* nos quedamos cerca de la zona de juegos. Estábamos sentados sobre unos almohadones gruesos, y

1 En inglés en el original. De significado poco claro, es la frase que se utiliza en diversas ocasiones en la serie de películas de la *Jungla de cristal* protagonizadas por Bruce Willis. Parece tener su origen en el viejo Oeste (*N. de la T.*).

mirábamos a los demás sabiendo que ya no éramos como ellos. No estábamos de vacaciones, estábamos huyendo, éramos migrantes, navegábamos en el *ferry* de la libertad alejándonos de la pobreza, de la guerra y del sometimiento de la mente, sí, que no es algo menos peligroso. Es peligroso perder el poder sobre uno mismo. Y tu amor propio.

Cuando hicimos una parada para tomar café, Jeppe se dejó la cartera encima del coche. Ahora estaría tirada en alguna zanja, al igual que nuestras pertenencias estaban en la basura. No teníamos ningún documento, ni siquiera el de identidad, ni tampoco dinero. Ya no teníamos nada de valor.

Las circunstancias externas se correspondían a fin de cuentas con nuestras propias circunstancias. Sin embargo, nuestros niños nómadas no lloraron cuando Dinamarca desapareció en el horizonte, mientras las luces de las máquinas tragaperras parpadeaban y los pasajeros del *ferry* gritaban.

Era emocionante. Era una aventura.

«¿Podemos hacerlo?»

«¿Está permitido?»

Preguntas que constantemente daban vueltas en mi cabeza mientras terminaba el último resto de chocolate. Todavía siguen haciéndolo.

Puedo contar también cómo nos marchamos al bosque, puedo contar qué habilidades desarrollamos. Puedo hablar sobre lo que significa estar unidos y sobre cómo los lobos aullaban de noche. Puedo hablar sobre cómo nos bañábamos en el lago, sobre el jarabe de arce y sobre el *rewilding*². Sobre permacultura, *natural building*, *survival*, *off-grid*³ y sobre la necesidad concreta de encontrar otra manera de poner en práctica el potencial humano, de encontrar una alternativa. Éramos pioneros. Solo que no nos adentrábamos en un país desconocido, sino en un territorio bien conocido.

Puedo decir sin ninguna duda que es lo mejor que hemos hecho hasta ahora en la vida.

2 En inglés en el original: retorno a la vida salvaje. (*N. de la T.*)

3 Ídem. Edificación sostenible, supervivencia y fuera de la red. (*N. de la T.*)

Puedo contar cómo vivíamos sin electricidad, cómo íbamos a buscar el agua al río para lavar la ropa, incluso cómo conseguíamos nuestro propio sustento y la leña, cómo nos instalamos y cuánto cambiamos.

Empezaré por contar cómo era antes.

Darse prisa, correr al trabajo, ir a buscar a los niños, preparar la cena, ver la televisión. El único tiempo que compartíamos era en el coche. Y no solo eso, sino todas las demás catástrofes: las guerras, la serie interminable de escándalos, la gente desesperada; y todos haciendo como si no pasara nada cuando nuestra civilización estaba implosionando; el sistema en el que habíamos creído estaba socavado, vacío y a punto de desmoronarse.

Todo lo que habíamos dado por sentado. Las cosas en las que habíamos creído. Nuestros antepasados habían luchado por ese sistema, habían muerto por él, y ahora nosotros estábamos aquí, tranquilamente sentados, distantes e irónicos.

¿Sabéis lo qué es sentir eso? ¿Conocéis ese pesar?

Puedo contar que cuando estábamos en la cama, él susurraba:

—La mayor traición que puede uno cometer consigo mismo es darse cuenta de que algo no funciona, y no hacer nada para remediarlo —pausa—. Continuó diciendo:

—Es como si uno muriese por dentro. Uno sabe que algo no está bien, simplemente lo sabe, pero no puede... no hace nada... y eso te corroe por dentro.

—A mí también me gustaría hacer algo —dije—. Es solo que... ¿qué podemos hacer?, ¿cómo podemos seguir adelante?

—Creo que no hacer nada es lo más peligroso.

Y entonces, simplemente hicimos algo, ¡y claro que puedo contarlo!

Puedo hablar de nuestro gran comienzo y de cómo buscamos la felicidad. Puedo hablar de nuestra vida de

pioneros, de nuestra vida cotidiana en lo profundo del bosque. Repetir una y otra vez que todos tenemos derecho a llevar una vida autosuficiente y que nadie tiene derecho a impedirnoslo. Puedo contarlo todo. Claro que puedo.

Creo que me he engañado a mí misma.

Creo que he intentado hacerme la fuerte, porque naturalmente no podía escribir sobre todo aquello. Apenas podía recordar los últimos meses; se habían vuelto tan difusos en mi mente que casi habían desaparecido, igual que pasaba con nuestro valle, que no figuraba en los mapas de red de ninguna compañía telefónica. Una vida en lo inadvertido. Estábamos fuera de cobertura. Solo contábamos con nuestros brazos, estirados uno tras otro... la solidaridad.

Apagué el ordenador, me levanté y estuve un rato de pie como si fuera una antena.

Por otra parte, conocía bastante bien mi *hotspot*. El viejo pino nudoso, la gran roca que sobresalía de la montaña. Me sentía segura sobre la roca. Sabía que allí tenía conexión a la red. Allí existía. Allí estaba la realidad.

Todo lo demás me parecía un sueño.

«¿Podemos hacerlo?»

«¿Está permitido?»

Ahí estaban de nuevo, las mismas preguntas. Preguntas que me hacía una y otra vez, cuando caminaba montaña abajo, hacia mi tribu, abajo, hacia mi jardín en el bosque, hacia el tipi, abajo en dirección a mi cabaña y a las gachas. Tenía que darme prisa, el sol se ocultaba tras el lago, y eso significaba que pronto tendríamos hambre. La olla roja que borboteaba sobre el fuego me llamaba como las campanas de una iglesia.

2

SOLO HABÍAN PASADO UNAS SEMANAS desde que le dieron el alta en el hospital. Aún padecía una depresión clínica.

¡Daba todo tanto miedo! Continuamente hacía bizcocho en el horno; tenía que ser *spongy*⁴, decía, después lo espolvoreaba con canela y azúcar y lo dejaba un rato más en el horno hasta que la superficie se caramelizaba.

Íbamos a pasear casi todos los días con el cochecito del bebé. Era el momento de estar juntos.

Normalmente, bajábamos hasta el fiordo; yo arrastraba el cochecito marcha atrás por la arena, tan cerca del agua como fuera posible. Estaba convencida de que era bueno para el bebé respirar el olor del mar y todas esas sustancias que solo existen allí donde sopla el viento fresco. Yo insistía en que fuéramos allí todos los días, y salíamos a paso firme, la resistencia estaba en las piernas, en la dificultad de caminar sobre la arena y en esa vaga voluntad... de caminar sobre la arena y no sobre el asfalto.

4 Esponjoso (*N. de la T.*).

Él no decía nada. A veces, cuando yo suspiraba demasiado hondo, cogía el cochecito y era él quien lo arrastraba marcha atrás.

Éramos nosotros los que íbamos marcha atrás.

Incluso nuestros hijos iban marcha atrás.

Sebastian tenía quince años y aún no sabía lo que quería hacer con su vida.

Victoria tenía quince y quería viajar alrededor del mundo.

Silas tenía diez y solo quería ser normal. Sigurd tenía nueve meses y no quería dormir en su propia cama.

Me dolía la cabeza casi todos los días. El dolor de cabeza se habían convertido en algo permanente y ya me había acostumbrado, y además tenía aquellos... episodios.

Empezaban en el límite de mi campo visual; todo empezaba a parpadear, los átomos mismos se volvían visibles a mis ojos y parecían desprendidos de su entorno. Era una niebla titilante, una visión borrosa que se extendía desde los bordes hacia todo mi campo visual, y de repente, quedaba ciega. Por suerte, solo de un ojo. El otro lo necesitaba para cuidar a Jeppe. No estaba bien.

No podía entender aquellas pérdidas del campo visual. Le pregunté a mi médico si era una enfermedad rara, pero me dijo: «No, no es una enfermedad rara». Eso me entristeció. Me hubiera gustado ser alguien especial.

El aire fresco ayudaba a aliviar el dolor de cabeza. En los días en que íbamos a pasear era raro que sufriera aquellos episodios. En general, aparecían cuando estaba en casa, delante de la pantalla del ordenador o en un atasco de tráfico de camino al trabajo.

Cuando en medio de una fila interminable de coches hacía el mismo trayecto todos los días, ida y vuelta; cuando estaba sentada allí mirando hacia el fiordo, siempre presente como una serpiente negra y brillante en medio del paisaje,

¡BUM! empezaban esos fenómenos visuales; y entonces casi no podía llegar a casa, tenía miedo de chocar con alguien; no veía nada, me aferraba con tal fuerza al volante que los nudillos se ponían blancos; me costaba respirar. Nada más llegar a casa, el otro ojo —aquel con el que cuidaba a Jeppe— se ocupaba de todo, y comíamos bizcocho.

Trabajaba como psicóloga infantil en una oficina estatal o como gestora de proyectos para el desarrollo rural, ya no lo recuerdo bien. Aquel tiempo es como una corriente donde se mezclan puntos y recuerdos inconexos, un caos de desesperación solo interrumpido de vez en cuando por momentos de felicidad. Es de esa felicidad de lo que quiero hablar.

La felicidad solo existía en verano, cuando dejábamos todo atrás y dormíamos todos juntos en la playa. Jeppe y los niños pescaban cangrejos de mar, hacíamos verduras a la brasa y comíamos sandía. La felicidad era estar fuera de casa. Entonces nos sentíamos bien.

Era cuando Jeppe demostraba que tenía iniciativa propia, como se suele decir, y los niños no se pasaban el día metidos en su habitación. Era maravilloso, yo era feliz, pero fue solo una ilusión, un pequeño paréntesis.

La vida cotidiana era Jeppe haciendo bizcocho, caminar por la arena, estar metido en un atasco de tráfico, con el corazón en la mano y el campo visual limitado.

Lo cotidiano era que los niños, cuando llegaban a casa del colegio, se fueran directos a su habitación. Lo cotidiano eran las pantallas, no tener nunca suficiente dinero, nunca, nunca, nunca tener suficiente tiempo; ninguno de nosotros tenía ganas de cocinar, así que comíamos patatas fritas, *nuggets* de pollo y *pizza* congelada. En el supermercado tiraba la compra sobre la cinta de la caja como si me diera vergüenza.

—Trae también una tarta de limón —le gritaba a Jeppe. Él siempre estaba dando vueltas en la sección de dulces; su tarea era encargarse de las cosas que habíamos olvidado.

Porque no soportaba hacer la compra. Era parte de su enfermedad.

Cuando alguna vez iba solo a hacer la compra, siempre volvía pálido y con una mirada salvaje. Iba de un lado a otro de la cocina llorando.

—¡No puedo hacerlo, maldita sea! —gritaba, y pegó un puñetazo en nuestra nevera grande, alta, blanca y cara, que quedó tan abollada que ni siquiera habiéramos podido venderla en los anuncios de segunda mano.

Cuando se tranquilizó le intenté consolar. Estaba muy cerca de mí, ceniciento como un cadáver, y me susurraba al oído. Me decía que se había quedado parado frente a una estantería y no había podido decidirse entre las ochocientas variedades de un mismo producto.

—Simplemente no lo consigo —dijo sorbiendo. Y sí, en ese momento pensé que era débil.

¿Cómo era posible que no fuese capaz de ir a comprar? Era algo que había que hacer. Solo consistía en coger algo del estante y asunto terminado, pero él decía que no era por los productos en sí, sino que era la luz, la música y los ruidos de fondo, el olor frío del acero y de la comida envasada en plástico, el olor del perfume de los otros clientes, el olor a perro y a hamburguesas que venía de la sección de *delicatessen*. Que eso era demasiado para él, dijo, y yo le acariciaba el pelo.

Estábamos indefensos. Estábamos perdidos. Como artistas, jamás logramos la verdadera ruptura, jamás fuimos nuestros propios jefes. Éramos unos fracasados. En realidad, no sabíamos hacer nada, y teníamos la sensación de que había que saber de todo.

Realmente lo intentamos, luchamos mucho, y estaba agotada.

Cuando yo iba a trabajar, él se ocupaba del bebé. Lo llamábamos la *píldora de la felicidad*. Jeppe pintaba peces con lápices de colores, los recortaba y los colgaba en la pared junto a la cuna del bebé. O cavaba enormes hoyos asimétricos en el jardín, muy profundos, mientras el bebé estaba tumbado en su cochecito boca arriba. Cavaba agujeros durante todo el día, con las botas llenas de barro y la expresión perdida.

—Son huertos —decía—. Huertos ecológicos.

El propietario se quejaba de que no cortábamos el seto lo suficientemente recto. A mí me preocupaba qué diría sobre nuestros huertos ecológicos.

—¿Qué haremos entonces con los huertos? —le pregunté a Jeppe.

—Quizá nunca podamos permitirnos tener una granja y vivir la vida que nos gusta. Así que tenemos que conformarnos con lo que tenemos —dijo con el rostro serio y apoyado en la pala, que en sus manos se había convertido en un arma.

Siguió trabajando y excavó un segundo huerto al otro lado del jardín, el que daba a la calle.

—Aquí plantaremos las flores más cursis y más feas que existan —explicó—. ¡Como una declaración de principios!

Aquel fue un invierno suave. Vivíamos en Mors, una isla en Limfjord, que se utilizaba sobre todo para la cría de cerdos. Todo era cuadrado. El terreno estaba dividido en grandes campos cuadrados y fértiles que permanecían como desiertos de color marrón bajo el frío del invierno. Soplaba un viento fuerte del oeste. Aquí y allá, diseminados por los campos, había algunos molinos de viento que, con su blanco

industrial, sobresalían como faros brillantes entre los marrones y grises de la tierra.

Nos pareció la zona más bonita del país. Un par de colinas y el fiordo, sí, el fiordo. Con el Parque Nacional Thy justo al lado. Pero sucede que estos rincones tan hermosos no eran más que un oasis en medio de toda aquella agricultura industrial de campos marrones y grises.

Pero uno se acostumbra. Uno deja de esperar algo más.

Cuando éramos jóvenes habíamos soñado con la revolución, con una vida salvaje en algún lugar del gran y ancho mundo. Pensábamos que teníamos todo tipo de posibilidades a nuestro alcance. Que nunca nos conformaríamos, y que, a diferencia de lo que habían hecho nuestros padres, jamás abandonaríamos nuestros deseos. Que lucharíamos por aquello en lo que creíamos. Que contribuiríamos a hacer un mundo mejor.

A veces pensaba en ello. En cómo había imaginado el futuro.

Quiero contar algo sobre Mors. Solo habían pasado dos años desde que dejamos la ciudad para marcharnos al campo. «¡Reconquistaremos la tierra de nuestra infancia!», dijimos, y nos fuimos al Oeste, a aquella tierra de nuestra niñez. Recordamos con cariño que solíamos tumbarnos sobre los muelles de madera y dejábamos que el sol nos calentase, mientras mirábamos al agua. También recordábamos los ojos de las vacas, o cómo trepábamos a los árboles, hasta que el tronco se doblaba y parecía que voláramos. «¡Queremos que nos devuelvan todo eso», dijimos. «¡No consentiremos ni un minuto más que nos obliguen a vivir en la ciudad! ¡No queremos estar sentados en una cafetería con nuestros ordenadores portátiles! ¡No tenemos miedo

a la vida en el campo! ¡No tenemos miedo a que los viejos nos miren mal!».

Pero no basta únicamente con comprar un contenedor de compost, hornear tu propio pan, pasar más tiempo con tu familia, llevar una vida más sencilla... porque uno sigue inmerso en el sistema, y el sistema te ahoga —la decepción es terrible— y acabas por hundirte.

Sinceramente, no hay mucho más que decir sobre el tema.

Lo intentamos y fracasamos.

Nos quedamos atascados en la arena, o en el barro; no podíamos hacer nada al respecto, habíamos fracasado por completo. Jeppe enfermó. Después ingresó en el hospital y comía Marabou Tropical⁵ en su cama, dos o tres tabletas al día.

Había visto vídeos de YouTube en los que Jeppe aparecía tocando el órgano en el gran escenario de la plaza del ayuntamiento de Copenhague. Había visto vídeos en YouTube en los que aparecía a bordo de un yate de lujo, muy bien vestido y con su gorra de visera. Lo había visto en festivales entre gente famosa, lo había visto en la televisión. Pero eso fue antes. Antes de conocernos. Antes de que nos marcháramos al campo, antes de que creyéramos que podríamos recuperar todo lo que habíamos perdido.

Por entonces Jeppe ya había engordado quince kilos y nunca se quitaba su chaqueta de lana, que olía mal y estaba llena de manchas, pero él decía que llevándola se sentía como dentro de una armadura. No había manera, no se la quitaba nunca y ya no hablábamos entre nosotros, yo tenía problemas con la vista, los niños se metían en sus habitaciones, el jardín estaba lleno de hoyos enormes, comíamos

5 Marca sueca de chocolate. (*N. de la T.*).

bizcocho, y esperábamos el siguiente momento de paz. ¿Era eso pedir demasiado?

Así era, la verdad.

No creo que nadie haya hecho lo que hicimos nosotros si no ha conocido la verdadera desesperación. La frustración. No es algo que se hace si a uno todo le va bien, es algo que se hace cuando uno ya no tiene nada más que perder.

Uno no deja simplemente todo atrás y empieza desde cero, uno no cambia simplemente así, si no se tienen motivos poderosos para ello.

Quizá me equivoque, pero creo que es así.

Un día dijo:

—¿Y si todo esto no tiene nada que ver con nosotros? —pausa—. ¿Qué pasa si solo se trata del sistema, que nos rodea con sus estructuras?

Vi el seto, que no estaba bien podado, los hoyos que Jeppe había excavado, los campos de color marrón y el esparcidor del estiércol, la pequeña hilera de árboles junto al fiordo, la carretera llena de curvas, la lámpara de Ikea sobre el alféizar de la ventana, que era naranja y estaba hecha de algún material de aspecto natural y parecía una hoguera. Vi el viejo sofá, un gran sofá cuadrado, la mantita del bebé con sus rayas de estilo escandinavo (yo le había mentido y le había dicho que había costado solamente doscientas coronas), vi el bizcocho y miré a Jeppe, y no supe qué decir.

—Quizá no hace falta que sepamos todo lo que hay que saber, sino simplemente hacer algo —me miró fijamente—. Andrea, ¿por qué no hacemos algo? Quizá encontremos la solución sobre la marcha.

Yo jamás había sido ese tipo de madre que se preocupa de que los calcetines combinen con la ropa, y que recuerda todas las cartas que mandan del colegio, que guarda todo en archivadores, y cosas por el estilo, no. Yo no era una madre así, aunque durante toda mi vida adulta intenté serlo. Y jamás fui ni rica ni famosa, al menos no lo suficiente. Nunca gané mucho dinero, al menos no lo suficiente. Nunca fui lo suficientemente feliz ni lo suficientemente graciosa. Sabía lo que quería decir Jeppe; a veces llega el momento de tirar la toalla, de dejar todo atrás. Quizá había llegado ese momento. Todavía recuerdo el horror en el que vivíamos; me sentía verdaderamente noqueada y apenas podía respirar.

—Sí —dije—. Quizá no sea culpa nuestra. Quizá el error no sea nuestro.